



## DOS JUANES.

El que reúne virtudes sin humildad, es semejante al que lleva polvo expuesto al viento.

(SAN GREGORIO.)

A LA EXCMA. SRA. D.<sup>a</sup> N\*\*\* N\*\*\*

I

SEÑORA MIA:

**A**YER me entregó Juan Cortegana las dos fotografías que tiene V. E. la bondad de enviarme, y la carta en que con sencillez tan espontánea me descubre el gozo de su alma, la paz de su conciencia y el tranquilo bienestar de que disfruta en esa linda aldehueta, asesorada por los doctos consejos de ese señor Provisor que ahí veranea, dirigida por ese Reverendo Capellan que llevó de la corte, y fortalecida por el trato y amistad de esas benditas Madres Bernardas, que la confortan y ayudan con sus ejemplos y oraciones, bizcochitos y alpisteras.

Loado sea Dios, Exema. Sra., que tal placidez da á su espíritu y tan altos alientos le infunde, que rebosan por la punta de la pluma, y saltan, y se atropellan en el papel en frases tan fervorosas, como estas textuales de su carta, que ante los ojos tengo presentes:

“Todos me elogian y me aseguran que el Señor me guarda para grandes obras, y como yo siento en mí alientos nada vulgares, ruego á V. R. me indique la manera cómo se preparaban para sus empresas algunos de esos santos grandes, grandes fundadores, por ejemplo, que han pasado á la posteridad.”

Pues ya lo creo, Señora mía, que le diré cuanto sepa, y en muy claro y sencillo romance; que harto me zumban en las orejas aquellas terribles: “¡Vae mihi, quia tacui!” ¡Ay de mí, porque callé!

Y como no dice V. E. si eso de las grandes obras para que el Señor la guarda se lo dijo algun ángel del cielo, doilo yo por supuesto, porque vaya la puntería á lo más alto: y le contaré, por toda la respuesta, la fiel y puntual historia de lo que acaeció ha más de tres siglos á dos pobres Juanes que, si no pensaron mucho en la posteridad de que V. E. habla, no apartaron nunca de su mente la eternidad que no menciona en su carta.

Mas ántes, permítame V. E. que con el mayor respeto le advierta, que eso de clasificar á los Santos en grandes y chicos yo no lo

había oído nunca, como no sea en cierta copleja que escuché ha muchos años en un camino de mi tierra, y anoté, por lo extravagante, en mi prontuario.

Glorioso San Pantaleon,  
Santazo de cuerpo entero,  
Y no como otros santitos  
Que no se ven en el suelo.

Léjos de eso, Kempis reprueba esas clasificaciones, en cierto modo comparativas, y dice terminantemente en el lib. III. cap. LVIII de la “Imitacion de Cristo:”

“Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los Santos, cuál sea más santo ó mayor en el reino de los cielos. Mucho más agradable es á Dios el que piensa la gravedad de sus propios pecados y la poquedad de sus virtudes, y cuán léjos está de la perfeccion de los Santos, que el que porfía cuál sea mayor ó menor santo.”

Y una vez sentado esto, Exema. Sra. pasemos á la historia de mis dos Juanes, que si V. E. la aprende bien, y digiere su meollo y se asimila su sustancia, cierto estoy de que le sobrarán alientos y fuerzas para llegar á

Santaza de cuerpo entero,  
Y no como otras santitas  
Que no se ven en el suelo.

II

Y fué el caso, que uno de estos Juanes salió de Gibraltar á mediados de Agosto de 1537, y comenzó á trepar por lo más áspero de la serranía de Ronda, con direccion á no sé qué lugarejo.

Era hombre muy recio, alto de cuerpo, barbinegro, muy curtido por el sol y la intemperie, y más cerca de los cuarenta que de los cincuenta años. Vestía sayo de jerga ceñido, zaragüellos de frisa, alpargatas de cáñamo, caperuza de paño burdo y una cayada en la mano.

Era el calor sofocante, la hora la del medio día, y caminaba el viajero agobiado por el peso de un gran fardo de libros y estampicas de papel que á las espaldas llevaba.

Hay allí un carrascal agreste y espesísimo, que arranca de las vertientes de la sierra de la Luna, y era entonces y es todavía asilo de animales salvajes y aun feroces.

Pues sucedió, que al entrarse por allí el caminante, buscando senda de atajo, vió salir á deshora y cuando ménos lo pensaba de lo más áspero del monte un Niño preciosísimo, de muy pobre atalaje que, con los piesecillos

descalzos, caminaba por la misma senda adelante.

No pudo sufrir aquel buen Juan, que desgarrasen los abrojos del camino aquellos tiernos piesecitos más que el marfil blancos, y dió voces al Niño, ofreciéndole, con más caridad que criterio, sus enormes alpargatas de cáñamo.

Agradecióselas el Niño sin tomarlas; pues de la punta al talon podía muy bien sentarse dentro, y enternecido Juan, díjole entonces:

—Niño precioso y hermano, si no sirven mis alpargatas, servíos de mis hombros, que más justo será que lleve en ellos lo que á Dios tanto costó, que libros que tan poco valen.

Y como no fuesen sus palabras vano ofrecimiento, bajó la cerviz, mientras hablaba, para que el Niño subiese, y así lo hizo el rapazuelo, prosiguiendo ámbos su camino, descansando el Niño, ufano Juan porque tal descanso le proporeionaba.

Mas sintió á poco el de los libros, que como á san Cristóbal en otro tiempo, se le hacía aquella ligera carga harto pesada, y comenzó á alentar, y á desfallecer, y á buscar apoyo en la cayada, hasta que al cabo, topándose en el camino con una fuente que de un risco brotaba, dijo:

—Niño precioso y hermano, dadme licencia para beber un poco de agua, que me habeis hecho sudar.

Bajó el Niño incontinenti: púsole Juan al abrigo de un árbol, y fué al manantial con ímpetus de sediento. Mas al volverse, ya satisfecho, vió de improviso que el Niño le enseñaba á lo léjos una granada abierta y en ella una cruz, y que á grandes voces le decía:

—Juan... Granada será tu cruz.

Y diciendo esto, desapareció como una nubecilla de nácar.

Y cate allí, Exema. Sra., el fin de la primera jornada; pues, como verá V. E., tenemos ya al mismísimo Niño-Jesus, que no era otro el rapazuelo, dando recaditos y “llamando grandes cosas” á un pobre Juan trajinante, á con alpargatas de cáñamo y caperuza de paño pardo.

III

Y tan á pechos tomó Juan el llamamiento, que torció al punto el rumbo hácia Granada, dispuesto á esperar allí nueva luz que le guiase.

Arrendó junto á la puerta de Elvira una



vivienda miserable, y en ella armó su tiendecilla de estampicas y librefijos, para ganarse el honrado sustento.

Llegó á poco el 20 de Enero, fiesta de San Sebastian, é hízola muy grande la ciudad en la ermita del Santo que está fuera de los muros, en lo alto de un cerro frontero de la Alhambra.

Predicaba á la sazón en Granada un clérigo famoso, insigne en virtud y letras, que tambien era Juan de nombre, y fué por eso el segundo de los dos que juegan en mi historia. Pues quiso Dios poner en tratos al Juan clérigo con el Juan librero, por medio del sermón que predicó aquél y oyó éste en la ermita de San Sebastian el día del Santo.

Ponderó el clérigo en su plática las saetas que hirieron al Mártir, y pasó de ellas, como experto misionero, á las que disparan al Corazon de Cristo la malicia y la dureza de los pecadores.

Y tan vivas fueron las palabras y tan eficaces las razones de Juan clérigo, y tan blandas las entrañas y tan inmensa la contrición de Juan librero, que salióse éste fuera de sí por las puertas de la iglesia, llenando el aire de voces y de lágrimas los ojos, clamando á Dios misericordia y confesando á gritos sus pecados.

Arrojábase á veces por el suelo, como si el peso de su dolor le derribase; dábale otras con la cabeza por las paredes, mesábase la barba y las cejas, y saltando, y corriendo, y gritando, bajó el cerro, y cruzó la puente de Genil y entróse en la ciudad, y llegó á su casa, seguido de gran turba de muchachos y pícaros del Albaicín que, con tremendo vocerío, le gritaban:

—¡ Al loco! . . . ¡ al loco! . . .

Arrastró fuera de la puerta el menguado tingladillo en que armaba su tienda, y dióse prisa á repartir entre los pobres dineros, estampas y librefijos.

Y como si tomase al pie de la letra aquello de seguir desnudo á Cristo desnudo, despojóse tambien de su pobre traje, sin conservar más que calzones y camisa, y de esta suerte, descalzo y sin caperuza, voló otra vez por las calles de Granada, dando voces y lamentos y golpeándose los pechos con una puntiaguda piedra.

Acosábale de cerca con gritos y pedradas la turba de chiquillos y granujas, y así llegó á la iglesia Mayor, hasta el altar del Santísimo Sacramento, donde cayó cara contra el suelo, sin cesar de llorar ni repetir con lamentables voces:

—¡ Dios mío, misericordia! ¡ Señor, misericordia de este gran pecador que tanto os ha ofendido! . . .

Y llegó la noche, Exema. Sra., y allí se estuvo aquel pobre Juan llorando sus pecados, y estimando muy justo, no porque los lloraba, sino porque los "había cometido" aquel injurioso vocear de las turbas:

—¡ Al loco! . . . ¡ Al loco!

#### IV

Y sucedió al día siguiente que, condolidos del pobre Juan, dos viejos honrados le levantaron del suelo, y con palabras blandas y amorosas, lleváronle á la posada, donde el clérigo Juan tenía su albergue.

Hallábase aquél en su estancia con grande acompañamiento de caballeros y gente granada, que á todas horas acudían en demanda de consejos y oraciones. Mas á todos despidió el buen clérigo, no bien se presentó aquel nuevo visitante, sucio, roto y maltratado, y todos despearon la pieza con aquella curiosidad que V. E. comprenderá mejor que nadie, en su doble cualidad de mujer y de devota.

Larga fué la plática entre los dos Juanes, y mayor la expectacion en los que de puertas á fuera aguardaban. Salió al cabo el librero muy tranquilo y consolado, y despidióle el clérigo en el umbral mismo de la puerta con estas amorosas razones:

—Id enhorabuena con la bendición de Dios y con la mía, que yo confío en el Señor

que no os será negada su misericordia. Yo os recibo por hijo, y os ofrezco mis oraciones y amor.

Con lo cual quedaron sorprendidos unos, edificados otros, envidiosillos no pocos, mientras sin parar mientes en ninguno, partióse Juan muy diligente á cumplir, sin duda, las instrucciones que su nuevo Padre espiritual le había trazado.

Y lo primero que hizo, Exema. Sra., fué dar un par de zapatetas en el aire, no bien se hubo en la calle, y correr despues á la plaza de Bibarrambla, lugar entónces el más público de Granada, y arrojarle de cabeza en mitad del fango.

Levantóse en la plaza tremendo griterío de burlas y clamores, y cayó sobre el pobre Juan copiosa lluvia de piedras. Mas él revolvióse en el cieno con mayor furia y violencia, y daba temerosas voces diciendo:

—Tiren más, tiren más, hermanos y señores, que hacerme heis misericordia. . . Traidor y ruin que tantas y tan grandes culpas ha cometido contra su Dios, bien merece ser perseguido y afrentado, maltratado y herido de todos.

Crecían con esto las risas y algazara, y Juan, tendido como muerto en el asqueroso fango, proseguía diciendo:

—Quien tan de asiento se dejó estar en el asqueroso cieno de sus pecados, no ha de tener mejor lugar que el cieno. . . Sírvale éste de casa, vivo, y de sepulcro, muerto.

Y como viese de repente entre el concurso aquellos dos viejos honrados que le tenían por santo y á casa del clérigo le llevaron, rompió por el gentío cual si viese al demonio (que demonio era para él cualquier asomo de estima y alabanza) y apretó á correr dando brineos y saltos por las calles y voces temerosas de perdon y misericordia, y así las recorrió por muchos días con una cruz de palo en la mano, acosado siempre de la chusma, sirviendo de risa al pueblo, de terror á los necios y de entretenimiento á los muchachos.

Hasta que al cabo, desfallecido y macilento, cazáronle como á una fiera al revolver de una esquina, y con grande fiesta y algazara dieron con él en el Hospital Real, donde, convencidos de su locura, le encerraron en una jaula.

Y aquí viene bien, Exema. Sra., recordar á V. E. cierto libro viejo que llaman "El ente dilucidado," donde se trata, al modo de los escolásticos, esta cuestion para mí siempre dudosa.—"De si los locos son ellos ó somos nosotros."

Porque en este caso de mi pobre Juan, señora mia, el loco no resultó él, sino resultaron los otros; y aunque V. E., se turbe y alborote y quede medrosica y hasta hurte el hombro á esas "grandes obras para que el Señor la guarda," fuerza es decirle que aquella demencia no era demencia real, sino fingida con muy altos fines y muy grande cordura por ende.

Era, señora mia, el camino de humillacion propia y desprecio del mundo, que había de llevarle á las grandes empresas para que el Señor le llamaba.

Era la "preparacion," Exema. Sra., "la preparacion" que juzgaba necesaria para aquellas santas empresas aquel clérigo Juan, maestro de espíritu, que ya podía hombrearse con el Capellan que V. E. ha traído de la corte, y aun con el mismo Sr. Provisor, que con sus doctos consejos la asesora.

#### V

Y á la verdad, Exema. Sra., que las preparaciones de aquel buen clérigo Juan, resultaban algun tantico pesadas. Pues pasaron dias y semanas, y meses y meses, y allí se estaba aquel otro pobre Juan encerrado en su jaula, sujeto día y noche á la temible terapéutica de "El loco por la pena es cuerdo," única que á la sazón se aplicaba en los hospitales, para entrar en caja los sesos.

Y así fué, señora mia, que zurribanda va, zurribando viene, llegaron á cinco mil azotes

los que el fingido loco cargó sobre sus espaldas: cifra ante la cual se detuvo reverente, por no traspasar el número de los que por amor de los pecadores quiso recibir Nuestro Señor Jesucristo.

Trajéronle en esto un papel de mano del clérigo, con estas solas razones: "Basta ya la opinion de fingida locura para conservar la humildad. Conviene ahora deis á entender que estais bueno, así por no desacreditar las virtudes que Dios ponga en su alma, como tambien para que podais seguirme á Montilla, para donde estoy de camino."

Con lo cual recobró Juan de repente el seso que por su voluntad había perdido, y partióse á Montilla con cédula del mayordomo del Hospital, en que su curacion completa certificaba.

Recibióle allí amorosamente el clérigo Juan, y túvole consigo largos días ejercitándole en la oracion y vencimiento propio. Hasta que al cabo, llamóle un día á su recámara muy de mañana, y con grande autoridad le dijo:

—Hermano Juan, cumple que volvais á Granada, donde fuisteis llamado del Señor, y El, que sabe vuestra intencion y deseo, os encaminará el modo como le habeis de servir. . . Tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando, y obrad como en presencia de tan gran Señor. . . Y en llegando á Granada, tomad luego un confesor que sea tal cual yo os he dicho, y sea vuestro Padre espiritual, sin cuyo consejo no hagais cosa que sea de importancia.

Con lo cual y la bendición de aquel santo hombre, tornóse Juan á Granada, flaco, roto, maltratado, descalzo y descubierta la cabeza, sin más norte ni más guía que su llamamiento de Dios y su humildad profundísima.

Cortaba de diario en los montes que cruzaba un hacecillo de leña, y vendíalo por las noches en los lugares de paso, para proveer así el necesario sustento. Hízolo de igual modo á las puertas ya de Granada, y cargado con su haz de leña entróse por la de los Molinos, y fuése derecho á venderlo en la plaza de Bibarrambla.

Conociéronle al punto algunos de los muchos ociosos que allí abundan, y formaron corro en torno, mortificándole con chafalditas y donaires.

—¿ Qué es esto, Juan amigo?—le decían. —¿ Qué os habeis hecho en tanto tiempo? ¿ Qué mudanzas son éstas? ¿ Todos los días ha de haber nuevo modo de vivir? ¿ Ayer mercader de libros y hoy leñador? ¿ Cómo os fué con los enfermos del Hospital? ¿ Está bueno el juicio, ó está desocupado aún el cuarto de arriba? Bien lo habeis menester, que con eso no tendreis necesidad de alquilar posada.

Y él, sentado sobre su haz de leña, sosegada la voz y el corazon humilde, respondíales en son de chanza:

—Hermanos, este es el juego de Virlimbao: dos galeras y una nao; del cual, cuanto más viereis, ménos habeis de entender.

Y con esto volviéronle todos la espalda con desprecio, y pudo él trocar su haz de leña á una morisca del Albaicín por una escudilla de lentejas.

#### VI

Y pasaron dias y dias sin que nada indicase á Juan lo que Dios quería de él en Granada. Hasta que una tarde, estando en oracion en la Catedral ante un cuadro muy devoto que se venera aún en el arco del Sagrario, sintió á deshora un júbilo muy grande y celestial que le subía de lo hondo.

Salióse luego del templo con grandes ímpetus de amor divino y una como ciega confianza de que había de encontrar lo que esperaba, y encontró, en efecto, á los pocos pasos que dió por la calle de Lucena, una casa en que, atada á una reja, se leía esta cédula: "Esta casa se alquila para pobres."

Y allí, Exema. Sra., allí fué donde halló Juan lo que esperaba y donde cargó con la cruz que el Niño divino le mostró en la sie-



rra. Porque sin tener blanca en la bolsa, ni esperanza humana de maravedí roñoso, concertó aquella misma tarde con los dueños de la casa el alquiler de ella, ofreciéndose á pagarlo cuando llegara su tiempo.

Y tan segura fué su esperanza, y tan constante su fé, y tan poderoso el auxilio divino, que en dos dias alhajó la casa con cuarenta y seis camas de anea, con buenas frazadas y almohadas de lana, y todos los demás enseres que para el cuidado de un enfermo son necesarios.

Salióse luego por calles y plazas en busca de pobres, y á los que podían venir por sus pies, les ayudaba; á los que no, cargábalos sobre sus hombros, y no tomó descanso ni se dió punto de reposo, hasta que ocupadas las cuarenta y seis camas y constituido él en enfermo de todos, quedó con esto puesta, á 8 de Noviembre de 1537, la primera piedra de aquella gran Religión, alcázar fortísimo de la caridad, gloria de la Iglesia y amparo de los pobres, que se llamó más tarde de los "Hermanos Hospitalarios."

Porque aquel pobre Juan de las alpargatas y la caperuza, de la jaula y los azotes, era, Excm. Sra., "San Juan de Dios," fundador y patriarca de aquella esclarecida Orden.

Y aquel clérigo predicador, que le aconsejó y guió con tan curiosas y peregrinas trazas, era nada ménos que el Apóstol de Andalucía en su época, consultor nato de todos los "santazos" de aquel glorioso siglo XVI.

Era, en fin, señora mía, el Beato Maestro Juan de Avila, que acaba de beatificarse, aún no hace dos años, nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII.

## VII

Y aquí pondría punto final, Excm. Sra. dando ya por satisfecha su consulta y cumplido mi encargo, si no me creyese obligado á darle gracias muy reverentes por las hermosas fotografías que me ha hecho el honor de enviarme, con tanta bondad de su parte, como de la mía extrañeza.

La idea de retratarse V. E. vestida de religiosa es, en verdad, peregrina, y por tan famosa y devota le tengo, que me extraña y maravilla no se la aconsejase al propio San Juan de Dios, su sabio Maestro Juan de Avila, como medio de propaganda mística.

Porque la verdad es que el cuadro mueve á compuncion y resulta patético. . . . . Aquel claustro gótico que se pierde á lo lejos en melancólico paisaje; la figura de V. E., todavía esbelta, arrodillada á los pies del devoto Cristo, y hasta los ondulantes pliegues de la cola del hábito, que con exquisito sentido estético no escogió V. E. entre los de monjas rabricortas, sino entre los de monjas de cola larga, claman y gritan y vocean el espíritu de humildad y desprecio del mundo que ha inspirado la composicion artística, y la hacen medio él más á propósito, para indicar los grados de preparacion que tiene ya V. E. para recibir encargos del cielo.

Témome, sin embargo, que cualquier impertinente de los que por ahí abundan, recuerde á su vista lo que cuenta D. Diego de Agreda y Vargas de un famoso predicador de su tiempo. Lo cual, por si el caso llega y quiere meditarlo V. E., le traslado sin quitar punto ni coma.

"Celebraba en la iglesia de un lugar una fiesta muy lucida cierto hombre que en achaques de su vida andaba mal reputado. Vió el predicador en el discurso de su plática, pintado en un retablo, de rodillas y muy devoto, y encarándose con la pintura, la dijo:

—"Fulano: ó vivid como os pintais, ó pintaos como vivís. . . ."

Y con esto, señora mía, Dios me la guarde muchos años y la conserve en su santa gracia, para que la veamos al fin y á la postre

Santaza de cuerpo entero,  
Y no como otras santitas  
Que no se ven, en el suelo,

De Madrid, á 23 de Enero de 1897.—Suyo afectísimo servidor y humilde Capellan,

LUIS COLOMA, S. J.

## POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

AL ILMO. SR. ARZOBISPO LABASTIDA.

I

EL MONTE DE LOS OLIVOS.

I

Contra el rey padre rebelado el hijo,  
Nublábase á David el horizonte.

Con ansia amarga y con pesar prolijo,  
Antes que armado al parricida afronte,  
Sube descalzo al monte

De los Olivos, entre aguda espina,  
Con grupo breve al que temor no arredra:  
Sube, y la descubierta frente inclina  
Al golpe de la injuria y de la piedra.

Siglos despues, en ese monte mismo,  
Blancó al odio del mundo á quien redime,  
De su angustia en el hondo parasismo,  
Manso Jesus, el Redentor sublime,

Trasuda sangre y gime,  
Y en hora tal, á quien sostiene el polo  
Y al irritado mar el linde acorta—  
Del mundo abandonado—el ángel sólo,  
Alargándole el cáliz, le conforta.

"Las injurias, tal vez, por mí sufridas,  
Clamó David, del Redentor figura,  
Aplaquen la ira del Señor." Vencidas  
Flaqueza humana, insólita amargura,  
Cristo el cáliz apura

Por aplacar al Padre. Sin descanso  
Cultivó del linaje humano el fundo,  
Y el cuello á la segur, cordero manso,  
Ofrece al fin, porque se salve el mundo.

Así en la Ley antigua, en la Ley nueva,  
Por tradicion y por mandato augusto,  
Peregrinando aquí, sufre y se abreva  
En el dolor el ánima del justo.

Llega á serle el adusto  
Ceño del odio, familiar y amigo:  
A su golpe incesante cobra el seno  
Vigor, y la honda fé lleva consigo  
Del triunfo propio y del perdon ajeno.

II

¿Quién mejor que el Levita? El óleo sacro  
Apercibe sus miembros á lid ruda:  
La vista del divino simulacro  
De codicias terrenas le desnuda:

Si la flaqueza ó duda  
Le dan pavor, de sacrificio el voto  
Luz y vigor: la cruz que orna su traje  
Firme ha de hacerle, como encina al noto,  
Contra toda injusticia y todo ultraje.

Mas ¿quién como el Pastor? Vigilia larga  
Y ojo avizor de su redil en torno:  
La propia sed abreva en onda amarga,  
Y en pie se tuvo en el comun trastorno.

Cual los niños del Horno,  
Incólume en las llamas, glorifica  
A Dios bajo las bóvedas del templo  
Y del mundo á la faz; de fé luz rica  
Y de encendida caridad ejemplo.

Con el báculo y honda—la prudencia  
Aquél, y la verdad ésta—su planta  
Contra espada y loriga é insolencia  
De titanes adversos adelanta.

O intima la ley santa  
Que redime á Israel, y no se inclina  
De Faraon sañudo ante el enojo:  
Nuevo Moisés, las tribus encamina  
Al través del desierto y del Mar Rojo.

III

Bien hayas; oh Pastor! Si ruge airada  
Solima contra tí, su piedra afronte  
La testa descubierta y apenada,  
Y en tu esperanza en Dios halla horizonte.  
Sube al místico monte

A que subió David; donde en angustia  
Mortal, de Dios el Hijo, solitario,  
Lloro y sangre vertió. Desde él, bañada  
En la luz del Tabor verás la mustia  
Y ensangrentada cumbre del Calvario!

II

POST NUBILA. . . . .

De afan y de dolor cosecha amarga,  
Ruda milicia larga,  
No al animoso agrícola vencieron  
Ni al lidiador fatigan. Sus labores  
Y triunfos y dolores  
A su gloria y al bien fecundos fueron.

Ya el anegado llano Abril orea:  
Si aun no la mies ondea,  
El surco viste ya por toda parte.  
Si aun no, trás recia lid, victoria aclama,  
A los dispersos llama  
Serenos el jefe, al pie de su estandarte.

Aun alborota el mar airado el noto;  
Pero diestro el piloto  
Rigiendo el leño va con rumbo cierto;  
Y á trechos se despeja el horizonte,  
Y se ilumina el monte  
Anunciando á los náufragos el puerto.

¡Providencia de Dios! Salva y unida,  
Trás furiosa avenida  
Que desató la tempestad y asuela  
Feraz region, la grey que arrebatava  
El aluvion, te alaba  
En torno á su pastor firme y en vela.

Luzca el iris, Señor, con que, en sus dias,  
A Noé prometías  
Y al castigado mundo eterna alianza:  
Que el valle en cuyos ámbitos se asienta  
La grey, trás la tormenta,  
Seque y fecunde el sol de la esperanza.

Y concede al Pastor que en duelo tanto  
Enjugó nuestro llanto  
Y fué para sus pueblos luz y egida,  
Ver de justicia y paz el siglo nuevo,  
Cual desde el monte Nebo  
Miró Moisés la Tierra Prometida.  
1889.

(Continuará.)

## PEREDA

JUZGADO

## POR MENENDEZ Y PELAYO.

Y A he escrito en otras ocasiones que Pereda aborrece de muerte los idilios y las fingidas Arcadias, y tiene horror instintivo á los idealismos falsos, optimistas, bonachones y empalagosos; pero esto no quita que haya en sus cuadros idealidad y pureza, toda la que en sí tienen las costumbres rústicas. No andan en sus cuadros Melibeas y Tirsis, sino montañeses ladinos y litigantes á "nativitate," entreverados de mal y de bien, atentos á su interés y á las contingencias del papel sellado, y juntamente con esto cautelosos y solapados en sus palabras, como suelen ser los rústicos, á lo ménos en nuestra tierra, aunque no sean así los que se pintan en las "églógas" y "cuentos de color de rosa."

Nada de patriarcas de la aldea, ni de pastores resabidas y sentimentales, ni discretos y canoros zagales. Cada uno habla como quien es, y el zafio como zafio se expresa.

El Sr. Pereda, por lo mismo que siente mucho y bien, es enemigo jurado de la sensibilidad; pero cuando llega á situaciones patéticas, encuentra para el dolor ó la alegría la expresion natural y no rebuscada, y conmueve más que otros novelistas serios y estirados, por lo mismo que no se esperan tales ternuras en un autor de continuo alegre y jacarandoso.



Hay, ciertamente, tesoros de sentimiento en el alma y en los escritos de Pereda; pero esos sentimientos son siempre viriles, robustos y primitivos, como infundidos en hombres de tosea y ruda corteza. Yo no conozco ni en la literatura antigua castellana, ni en la moderna, cuadro de tan honda y conmovedora impresion como la que dejan en el ánimo las últimas páginas de "La Leva" y de "El fin de una raza." ¡Y de autor capaz de tal grandeza en los afectos han osado decir algunos que no sabe herir las fibras del alma!

Es cierto que Pereda no rehuye jamás la expresion valiente y pintoresca, por áspera y disonante que en un salon parezca, ni se asusta de la miseria material, ni teme penetrar en la taberna y palpar los andrajos y las llagas; pero basta abrir cualquiera de sus libros para convencerse de que corre por su alma una vena inagotable de pasion fresca, espontánea y humana, y que sabe y siente como pocos todo género de delicadezas morales y literarias y que acierta á encontrar tesoros de poesia hasta en lo que parece más miserable y abyecto. En ese capítulo de "La Leva," que nunca me cansaré de citar, porque desde Cervantes acá no se ha hecho ni remotamente un cuadro de costumbres por el estilo (igualado, pero no superado por otros del autor,) hay alcoholismo como en los libros más repugnantes de la escuela francesa, hay palizas y riñas conyugales, hay inmundicia y harapos y un penetrante y subido olor á "panocha," y sin embargo, ¡qué melancolía y ternura la del final! ¡Cómo sienten y viven aquellos pobres marineros de la calle del Arrabal! ¡Qué héroe de salon ó de "boudoir" interesará nunca lo que el tío Tremontorio lanzando en la escena del embarque aquel solemne: "¿larga?" Si esto es realismo, bendito sea. Si realismo quiere decir guerra al convencionalismo, á la falsa retórica y al arte docente y sermoneador, y todo esto en nombre y provecho de la verdad humana, bien venido sea. Así pintaba Velázquez.

El Sr. Pereda no es "fotógrafo" grande ni chico, porque la fotografía no es arte, y el Sr. Pereda es un gran le artista. La fotografía reproducirá los calzones rotos, la astrosa camisa y la arrugada y curtida faz del viejo marinero santanderino; pero sólo el Sr. Pereda sabe crear á Tremontorio, reuniendo en él los esparcidos rasgos, infundiéndole con potente soplo vida y alma, y dando un nuevo habitador al gran mundo de la fantasía. Esa pretendida exactitud fotográfica es el grande engaño del arte, la gran prueba del poder mágico del artista; sus personajes no están en la realidad, pero pueden estarlo, son humanos, nos parece que viven y respiran, son la idealizacion de una clase entera, la "realidad idealizada." Por su aficion á cierta clase de escenas populares, ricas de vida y colorido, hanle llamado algunos "Teniers eántabro." Convengamos en que tal vez "Cafetera," y "Tuerto," y "Tremontorio," y "El tío Jeromo," y "Juan de la Llosa," y el mayorazgo "Seturas," y el jándalo "Mazorecas," y hasta el erudito "Cencio," serán de mal tono en un salon aristocrático; pero vayan á consolarse con sus hermanos mayores "Rinconete" y "Cortadillo, Lázaro de Tormes," "Guzmán de Alfarache," y con los venteros, rufianes y mozos de mulas de toda nuestra antigua literatura, y con los héroes del Rastro, eternizados por D. Ramon de la Cruz.

Y si á alguno desagradan los porrazos de "La Robla" y las palizas sacudidas por su marido á la nuera del tío Bolina, y las consecuencias de "Arroz y gallo muerto," acuérdesse de los molimientos de huesos que sacó don Quijote de todas sus salidas, de las extraordinarias aventuras de la venta, de los apuros de Sancho en la célebre noche de los batanes, y acuérdesse (si es hombre erudito y sabe griego) de los mojicones de Ulises á Iro en el "Udisca," de los regüeldos de Polifemo y de otras escenas semejantes, que dan quince y falta á todos los realistas modernos. Y cualquiera puede resignarse á ser "Teniers" en compañía de Homero y de Cervantes y del gran pintor de borrachos, mendigos y bufones.

Si yo dijera que para mí son las dos series de las "Escenas montaÑesas" lo más selecto de la obra de Pereda, no diría más que lo que siento; pero temo que muchos no sean de mi opinion y que en ella influyan demasíadamente, por un lado el amor á las cosas de mi tierra y por otro recuerdos infantiles, imposibles de borrar en quien casi aprendió á leer en las "Escenas" y las conserva de memoria con tal puntualidad, que á su mismo autor asombra.

Pero aun descartados estos motivos personales, todavía admiro yo más en Pereda al autor de bosquejos y cuadritos de género que al de novelas largas, y entre las escenas cortas, todavía doy la preferencia á las de costumbres marineras sobre las de costumbres campesinas, sintiendo que no sea mayor el número de las primeras, en las cuales logra el ingenio de su autor un grado de vigor y de fuerza creadora y hasta de terror sublime que, por decirlo así, le levanta sobre sí mismo. Por eso espero yo, y conmigo todos los hijos de Santander, que la obra maestra de Pereda y el monumento que mejor vinculará su nombre á las generaciones futuras, ha de ser su proyectada novela de pescadores: "Sotileza." Aun sin eso, ya no morirá, gracias á Pereda, el tipo, hoy casi perdido, del viejo marinero de la costa cantábrica, levantado por él á proporciones casi épicas, y digno de hombrearse con muchos héroes de Fenimore Cooper.

Más serenos y apacibles, ménos trágicos y apasionados son los cuadros rurales, en cuya riquísima serie descuellan dos verdaderas novelas primorosas y acabadas, aunque de cortas dimensiones: "Suum cuique" y "Blasones y talegas." Entre los más breves no se sabe cuál escoger, porque todo es oro acendrado y de ley; yo pongo delante de todos "La Robla," "El dia 4 de Octubre" y "Al amor de los tizonos."

La segunda época de la vida literaria de Pereda comienza en 1878, y abarca cinco largas novelas: "El buey suelto," D. "Gonzalo González de la Gonzalera," "De tal palo tal astilla," "El sabor de la tierra" y "Pedro Sánchez."

El asunto de "El buey suelto" es el más viejo y el más nuevo que puede imaginarse.

Si hay cosa tratada ó discutida en el mundo, ya seriamente, ya en burla, es la cuestion del matrimonio, aunque sea cierto que ni los razonamientos ni las "facecias" influyen mucho en la resolucion que cada prójimo toma segun cuadra á su genialidad, temple y más ó ménos escrupulosa conciencia. Pero en la biblioteca que con poca dificultad pudiera formarse de obras relativas á esta materia, pesan y abultan tanto más las invectivas que las defensas. Sería grave error, sin embargo, tomar por lo serio y al pie de la letra muchas de esas diatribas, dándoles una trascendencia y alcance que las más veces no tenían en el ánimo de sus autores. La censura del matrimonio y de las mujeres ha sido en manos de los satíricos clásicos un lugar comun, un motivo de chistes y de amplificaciones como podría serlo el elogio del mosquito ó de la pulga.

Observemos, no obstante, que nunca se multiplican ni recrudecen tanto las sátiras contra el matrimonio como en los tiempos de decadencia y senectud moral. No suele empezar la corrupcion por las mujeres, pero el hombre les atribuye toda la culpa; y el vínculo natural y santo, que él huella y profana el primero, es á sus ojos la fuente y origen de todo mal. "Hoc fonte derivata clades." En vez de acusarse á sí propio, acusa á la institucion, acusa á la naturaleza, y entónces brotan, como indicios del malestar social, ásperas y desolladoras sátiras, al modo de la 6.<sup>a</sup> de Juvenal, ó livianos cuentos como los que manchan el "Asno" de Apuleyo, constituyen el fondo de los "fabliaux" de la Edad Media y corren en inagotable vena á regar los huertos de Boccaccio y de todos los "novellieri" italianos torpemente remedados por los franceses.

"De tal palo tal astilla" es, hasta el pre-

sente, la única tentativa de Pereda en el campo de la novela "tendenciosa."

Como si hubiera querido desagrar á los críticos amantes del arte puro y desinteresado, escribió inmediatamente otro libro de los que no prueban nada ni van á ninguna parte sino á hacer sentir y gozar. Posible será que apoyados en esto mismo y volviendo por pasivas sus antiguas censuras, le nieguen algunos alcance y trascendencia y hasta le disputen el título de novela. Cuestion de nombres, propia de retóricos ociosos. ¿A qué buscar más enseñanza ni más trascendencia en un libro que deja al fin la impresion de salud robusta, de frescura patriarcal y de primitivos afectos que deja en el alma "El sabor de la tierra?" Y en cuanto al nombre, el autor no le ha dado ninguno. Novela es, aunque sencilla, y llámese así ó de otro modo, no dejará de ser un libro excelente. Novelas muy celebradas hay que no tienen más accion; algunas, ni tanta.

Sea como quiera, la novela es aquí un pretexto para que aparezca en accion la vida rústica de nuestra comarca. La obra es un poema idílico, género de literatura que puede decirse propio de nuestro siglo, y que ha producido en Alemania, en América y en Provenza tres obras superiores, del todo ajenas al amanerado convencionalismo de la bucólica antigua. Pereda había ensayado este género, aunque en prosa, pero siempre como episodio de sus novelas políticas ó morales, ó bien en cuadros cortos, v. gr., el del "4 de Octubre." Hoy le cultiva de frente, y hay trozos en su libro, como el de la lucha de los dos pueblos rivales, ó el de la entrada del ganado en las mieses, que parece que están reclamando el antiguo y largo metro épico, solemne y familiar á la vez.

El interés, cualquiera que él sea, de las domésticas disensiones entre el irascible D. Juan de Prezanes y su vecino, pesa é importa poco ante el alarde de fueza muscular de los nuevos Entellos y Dares, ante el empuje del ábrego desatado, ó ante la nube de polvo que levantan novillos y terneras.

No le pese al insigne novelista montaÑes ser más feliz en lo segundo que en lo primero. Lo uno es más fácil, y es campo abierto á todos; lo otro es para pocos, y quien lo alcanza se acerca á las primitivas y sagradas fuentes de la poesia humana, crecida y arrullada con los halagos de la madre naturaleza; y con verlo todo más sencillo, lo ve más próximo á su raíz, más íntegro y más hermoso, y se levanta enormemente sobre todo este conjunto de estériles complicaciones, de interiores ahumados, de figuras lacias, de sentimientos retorcidos y de psicologías pueriles, de que vive en gran parte la novela moderna.

Yo confieso que en las novelas de Pereda, y sobre todo en ésta, que yo, apartándome de la opinion general, pongo sobre todas (exceptuando, por de contado, los cuadros sueltos,) llega á desagradarme lo que no es rústico y agreste, y me impaciento hasta que tornan los Niscos y Chiscos, por muy bien y discretamente que haga hablar el autor á personajes de condicion superior y más altos propósitos.

Y no es desventaja del autor, sino ventaja de los tipos. Que así como [segun el profundísimo parecer de los filósofos escolásticos] las inteligencias superiores, conforme más altas están en la escala, comprenden por menor número de ideas, así en el arte es lo más bello lo ménos complejo, y es lo más alto lo más próximo á la naturaleza simple y ruda.

¡Bendito sea, pues, este libro rústico y serrano, que viene cargado de perfumes agrestes y no nos trae ni "problemas," ni "conflictos," ni "tendencia," ni "sentidos," ni otra cosa ninguna, sino lo que Dios puso en el mundo para alegrar los ojos de los mortales: agua y aire, hierba y luz, fuerza y vida!

¿Quién se acuerda de naturalismo ni de "estéticas," cuando lee la "deshoja," ó cuando oye las quejas de Catalina á Nisco, ó cuan-



do asiste con la imaginacion al mercado de la villa?

M. MENENDEZ PELAYO.

VERSOS.

I

Yo no sé lo que se alcanza  
con el amor que no olvida,  
pues dar al recuerdo vida,  
es dar muerte á la esperanza.

II

En las tormentas del mundo  
y en las bonanzas del cielo,  
naufraga siempre el que vive  
sin la luz del pensamiento,  
que para el hombre es conciencia,  
brújula para el Océano  
y amor sin fin para el alma  
desprendida de lo eterno.

III

Leyenda sin honor y despreciada  
será la historia del amor profundo;  
que la dicha soñada,  
como del mundo fué, no será nada  
sin la amorosa vanidad del mundo.

IV

¡Sólo la muerte mi consuelo ha sido!  
Porque, compadecida,  
en surcos de dolor sembró el olvido  
de todas las tragedias de mi vida.

*Alfredo Suárez de la Escosura*

## UN OBISPO PRESIDENTE.

EL Ilustrísimo Señor Doctor D. Juan de Santo Mathía Sáenz Mañosca y Murillo, llegó á ser, por caso excepcional en nuestra historia, la única persona en quien, hasta hoy, se han juntado el poder temporal y el espiritual, el gobierno del Estado y el de la Iglesia. Fué décimo Obispo de Guatemala al mismo tiempo que su Presidente décimo nono, y por tal razon, tuvo ámbas potestades en sus manos.

Fué natural de México, donde recibió el grado de doctor y desempeñó algunos cargos en el Santo Oficio. En 1661 fué nombrado Obispo de Santiago de Cuba y en 1667 fué trasladado á esta Diócesis, de la que tomó posesion el 18 de Junio de 1668.

Pocas obras realizó durante su gobierno; pero basta una sola de ellas, la fundacion de la Archicofradía del Santísimo Sacramento, para que su nombre sea inolvidable en los anales católicos del país. Tributaba el Señor Santo Mathía particular y férvido culto á la Sagrada Eucaristía; y ansioso de que esta devocion se extendiese lo más posible, erigió la sociedad de que venimos hablando, con todas las formalidades de ley, por auto de 18 de Enero de 1669, y la declaró agregada á la Archicofradía del Santísimo Sacramento de Santa María de la Minerva de Roma, conforme á la constitucion general de Paulo III, fecha 30 de Noviembre de 1539. Establecida la sociedad, publicó una elocuente carta pastoral exhortando á los fieles á inscribirse en ella, y por último el 21 de Junio de aquel año (1669,) infraoctava de Córpus, hizo leer las constituciones que compuso para su gobierno, en el púlpito de la Catedral, al tiempo de la misa mayor en presencia de numeroso pueblo. El Papa Clemente XII aprobó la fundacion y las constituciones en bula de 5 de Diciembre de 1733, promulgada en Guatemala el dia de Córpus del año siguiente; y desde su establecimiento hasta hoy, las personas más notables de la capital por su piedad y posicion social, han tenido á honra pertenecer á esa corporacion y cumplir con sus obligaciones de cofrades visitando en los templos á Jesus Sacramentado; práctica piadosa que por mucho tiempo ha sido uno de los rasgos característicos de la sociedad guatemalteca.

A esta distinguida Archicofradía, debe

Guatemala el inestimable beneficio del jubileo circular, que á solicitud de sus cofrades, concedió por quince años el Papa Clemente XII, en 1733 gracia de la cual se comenzó á disfrutar aquí el 24 de Junio del año siguiente en que se celebró la festividad del Córpus. Posteriormente, á peticion de las mismas personas, prorrogó esa gracia á otros quince años, el Señor Benedicto XIV, á treinta Clemente XIII, y por último, á perpetuidad el Pontífice Pío VI, en Bula de 13 de Abril de 1793. Respetable como hemos dicho, es esta sociedad; en su régimen interior goza de suma autonomia, sus miembros tienen la prerrogativa de salir con sus insignias en la procesion del Córpus y otras análogas, entre el clero secular, y por último, está enriquecida con muchísimas indulgencias.

Desde el año de 1660 se advirtió que ya claudicaba la fábrica de la primitiva Catedral de la Antigua; lo cual no era de extrañarse si se atiende á que el edificio era de arteson, contaba por entónces más de cien años y había sufrido mucho á causa de los temblores. Algunas reformas se le habían hecho; pero como no eran suficientes para contener su ruina, el Presidente D. Sebastian Álvarez Alfonso Rosica de Caldas, propuso al Obispo y al Cabildo demoler el templo y construirlo de nuevo. Mucha oposicion encontró el proyecto á causa de la escasez de fondos para tal empresa. El Presidente, sin embargo, sostuvo su idea con tal ardor que fué forzoso aceptarla. En consecuencia, procedióse á la demolicion en 1669, lo cual no dejó de ofrecer dificultades, pues algunas partes del edificio eran tan sólidas que hubo necesidad de volarlas con explosivos. Cuentan los antiguos historiadores que el presidente Rosica de Caldas era perpetuo sobrestante de la obra, á la que se dedicaba todo el tiempo que le dejaba libre el despacho de los asuntos gubernativos. Otro tanto pudiera decirse del Obispo, pues tambien se dedicó á ella con celo y perseverancia.

Aun ántes de concluir el derribo de la antigua, se puso la primera piedra de la nueva Catedral, el 30 de Octubre del mismo año de 69. Fué esa una funcion magnífica y solemne. El Prelado bendijo la piedra con las ceremonias de costumbre, y en seguida, el Presidente la asentó en el lugar correspondiente; todo en presencia del celero, ámbos Cabildos, religiones, nobleza y numeroso pueblo. Muchos regocijos hubo con tal motivo; no escaseando, como es de suponerse ni los repiques, ni las músicas, ni las salvas de artillería, ni los legendarios cohetes.

Con el mismo calor que á demoler el antiguo, se procedió á edificar el nuevo templo, bajo la direccion y conforme á los planos de Martin de Andújar, famoso arquitecto de aquel entónces.

Cabe observar aquí que miéntras se realizaban tales obras, servía de Catedral la iglesia de San Pedro, en cuyo atrio se estableció provisionalmente el coro.

Murió el Señor Santo Mathía sin ver concluida la Catedral; mas no por eso se le puede negar la honra de ser uno de los fundadores de ese templo que fué, sin disputa, uno de los más suntuosos de la América española.

El fué tambien quien mandó traer de Tehuantepec los restos del Dr. D. Juan Garcilazo de la Vega, Obispo electo de Guatemala, que murió al encaminarse á esta Diócesis, segun dijimos en otra ocasion. Los restos del Sr. Garcilazo juntos con los de otros prelados, fueron enterrados por órden del Señor Santo Mathía, en la bóveda del Sagrario, al emprenderse las obras de la nueva Catedral.

Aquí terminarían los rasgos biográficos de este Pastor, si no fuera que acontecimientos importantes de su tiempo, le obligaron á tomar parte en los asuntos políticos del país.

Ya se ha dicho que por aquel tiempo era presidente del Reino D. Sebastian Álvarez Alfonso Rosica de Caldas, de la Orden de Santiago, Señor de la casa de Caldas, Regidor de la ciudad de Leon. A pesar de que Juarros le atribuye dotes de rectitud y pru-

dencia, la verdad es que el Presidente Álvarez era un tanto autoritario y violento en sus resoluciones. Pruébanlo, entre otros hechos, el haber reducido arbitrariamente á prision al Gobernador de Nicaragua D. Juan de Salinas y el haber impuesto, en las juntas de gobierno, su voto favorable á la demolicion de la antigua Catedral y construccion de la nueva. Tiempo hacía que, por tal razon, marchaban en desacuerdo la Audiencia del Reino y aquel alto funcionario; desacuerdo que se volvió más profundo á causa de dos incidentes insignificantes, pero que marcan bien el carácter de aquella época.

“Sucedió un dia que el oidor Zárate, por un arranque de vanidad, se presentó en el paseo de Jocotenango en un coche tirado por cuatro mulas y con dos cocheros montados. Ofendióse de esto el Presidente y mandó publicar bando en que prohibía se hiciese aquello, bajo ciertas penas, siendo la disposicion general y exceptuando de ella únicamente al Obispo. Otro dia, yendo el presidente á pié por la calle, hubo de encontrarse con el coche del oidor Novoa, y porque éste no hizo detener el carruaje, le impuso una multa de doscientos pesos. Quejóse el oidor al Consejo de Indias y vino aprobada la resolucion del señor Alvarez, calificando el hecho de Novoa de falta á la cortesía y al obsequio que debía á su presidente. Sin embargo, se prevenía se le devolviese la multa, considerando, sin duda, que estaba suficientemente castigado con la demostracion.”—(Milla.)

Poco despues ocurrió un suceso más grave y decisivo. Descubrió el Presidente que el Fiscal de la Audiencia, don Pedro de Miranda Santillán, daba cuenta secretamente al Rey de sus procedimientos. Irritado por tal motivo, trató de vengarse del Fiscal. Aseguran algunos cronistas que para conseguir ese objeto, le acusó de tener tratos y contratos con los enemigos del Rey; dicen otros que se le probó el delito de baratería, cual es el fraude ó engaño que se comete en compra-ventas ó permutas. Sea de ello lo que fuere, traicion ó baratería, lo cierto es que el pobre Miranda Santillán fué condenado por el Presidente á presidio en el castillo de San Felipe del Golfo, donde murió al poco tiempo, no pudiendo resistir el ardiente clima de aquella costa insalubre.

El ayuntamiento escribió á la Corte elogiando al señor Alvarez y disculpando sus procedimientos con el Fiscal; eso no obstante, Su Majestad, fundado en informes que había recibido por otro conducto, emitió real cédula el 6 de Mayo de 1670, en la que condenó en términos enérgicos aquel acto del Presidente, lo separó del mando y nombró en su lugar y con el carácter de Visitador y Juez de residencia, al Obispo don Juan de Santo Mathía.

Inmediatamente se hizo cargo del empleo aquel distinguido prelado y comenzó desde luego á desempeñar la comision de la visita, mandando retirar al residenciado á un pueblo distante de la ciudad. Cerca de dos años duró el juicio de residencia, se siguió con mucha escrupulosidad, procedió en él don Juan de Santo Mathía con verdadera rectitud é imparcialidad y quizás habría concluido con fallo adverso al procesado, si la muerte no lo hubiera impedido. Efectivamente, al año y medio de confinamiento fuera de la capital, enfermó el Señor Alvarez. Se le permitió entónces pasar al hospital de Belen; pero como allí se agravaron sus padecimientos, hubo de llevarse á su casa un vecino caritativo, donde falleció ántes que terminara el proceso. [1]

(1) El Cabildo Eclesiástico, en reconocimiento del servicio que prestó el Presidente Álvarez en la construccion de la Catedral, le erigió una estatua en una de las capillas del nuevo templo con esta inscripcion: “Dominus Sebastianus Álvarez Alfonso Rosica de Caldas, hujus regalis Cancellarioe proceses, parum provinciarum Generalix Dux quem tota istius famigerati templi fabricata funditus instauratorem clamat.”



¡Cuántas y cuán interesantes reflexiones suscitan en la mente estos acontecimientos!

He ahí á un Presidente de Guatemala, destituido por sus abusos, por ellos confinado y procesado; por ellos, muriendo bajo la acción de la justicia en casa ajena y sin solícitos cuidados. Y no se verificaron, no, tales cosas en tiempos de la república bajo el imperio de la democracia. Era en los días de la colonia, bajo el cetro de los Borbones, cuando por manera tan positiva y ejemplar se hacía efectiva la responsabilidad de las supremas autoridades del país y se volvía por los fueros de la justicia atropellada.

Parece lógico pensar que si tal sucedía bajo la dominación española, mayores debieron ser después de nuestra independencia el respeto á la ley y los medios de exigir responsabilidades á los gobernantes. Y sin embargo, preciso es confesar que, en este punto, la República no ha mejorado la colonia. Antaño, los Capitanes Generales, por poderosos y distinguidos que fuesen, no se escapaban del juicio de residencia, ni podían evadir la pena consiguiente si resultaban culpables. Ogaño, nuestros demócratas Presidentes, no sólo son más abusivos que los Capitanes Generales, sino que, además, no responden de su conducta, se burlan de la ley y la justicia y al bajar del poder disfrutan tranquilamente del fruto de sus arbitrariedades sin que los tribunales puedan llamarlos á juicio, ni menos castigarlos por sus abusos. Antes, el temor de la residencia contenía un tanto á los presidentes en sus desmanes; hoy, la seguridad de quedarse impunes, da pábulo á sus pasiones y presta alas á la tiranía.

Dos años gobernó el Reino el señor Santo Mathía; tiempo corto para emprender obras ó realizar empresas que lo hiciesen famoso en nuestra historia; pero suficiente para dar muestras, como en efecto las dió, de ser prudente y recto en el desempeño de sus funciones presidenciales. Nunca faltan enemigos á los gobernantes honrados. Túvolos el señor Santo Mathía y lo acusaron del "delito" de distribuir las encomiendas y oficios del país entre los criollos y no entre los españoles. Desatendió el Rey tan absurdas acusaciones, y siguió rigiendo el país hasta 1672 en que le sustituyó don Fernando Francisco de Escobedo, General de Artillería, Caballero Gran Cruz de la Orden de San Juan y Baylío de Lora.

Posteriormente fué electo Obispo de Puebla de los Angeles; pero no tomó posesión de esa silla, por haber fallecido en la Antigua el 15 de Febrero de 1675. Yace su cadáver en la Catedral de esa ciudad.

No concluiremos estas líneas sin relatar una anécdota que traen los viejos cronistas y que es una hermosísima prueba de la humildad de este prelado.

Hallábase en el apogeo de su carrera ó sea ejerciendo al mismo tiempo las funciones de Obispo y presidente, cuando ocurrió una festividad religiosa en San Francisco á la cual se había comprometido á asistir. Comenzó la misa, llegó la hora del sermón, subió al púlpito el fraile franciscano que debía predicar; pero no llegaba el Señor Santo Mathía á causa de que una repentina indisposición le obligó á encerrarse en sus habitaciones de palacio. Mientras tanto el fraile predicador manifestó en público que puesto que el Obispo presidente se había comprometido á ir á la función religiosa, él no predicaba mientras Su Ilustrísima no estuviera presente. Se dió parte de la ocurrencia al Obispo, quien mandó excusarse de asistir por el mal estado de su salud. No hizo caso de la excusa el exigente predicador, quien insistió en no comenzar el sermón mientras estuviese ausente el prelado. Suspendiéronse mientras tanto los divinos oficios; prodújose, como era natural, el alboroto consiguiente y hubo necesidad de participar al Sr. Santo Mathía la extraña resolución del terec fraile. No por ello se disgustó Su Ilma.; sino que dando un ejemplo de rara mansedumbre, exclamó: "sin duda este predicador quiere darme alguna provechosa lección

ahora que estoy en el poder. Vamos á oírle." Y sin esperar siquiera que le pusiesen el coche, fuese á pie al templo de San Francisco y escuchó humildemente el sermón.

A. M. F.

(De LA FE, semanario religioso de Guatemala.)

### A MIS DISTINGUIDAS AMIGAS

LAS SEÑORITAS

ANGELINA, CONCEPCION Y MARIA VELASCO  
EN SU ALBUM.

Las tres gracias nos dicen que existían  
En el Eden florido del Parnaso;  
Y que ferviente culto les rendían,  
Y que era su reinado sin Ocaso.

Pues en la época actual tres niñas bellas,  
Adorno son del mexicano suelo;  
Por su gracia y virtud son las estrellas  
Que más irradian en su puro cielo.

Yo, mísero cantor desheredado,  
Que sigo de la suerte los azares;  
Hoy mi cantar les mando entusiasmado  
Como débil ofrenda en sus altares.

Y espero lo reciban bondadosas,  
Porque se de mi alma la expresión sincera,  
Deseando le concedan, afectuosas,  
De su Album la página postrera.

Julio 1.º 1896.

Adrian Herrera y Rosa.

### EL ILMO. SR. DR. D.

Jose de Jesus Maria Uriarte y Perez,

DECIMO OBISPO DE SONORA

Y PRIMERO DE SINALOA.

[CONCLUYE.]

Ya queda dicho como se consiguió el que volviera el Sr. Uriarte á Culiacan. El 23 de Septiembre de 1866 se celebró una función en acción de gracias y en ella predicó el perseguido Gobernador de la Mitra. "Dijo que la Iglesia es invencible, que sus ministros podrán ser encarcelados, desterrados, degollados ó asados en una parrilla; pero jamás vencidos. Habló de las prisiones, vejaciones y del injusto destierro del Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Pedro Loza al extranjero; de las prisiones y destierros de los señores Curas, y de sí dijo que vivía por milagro, pues debía haber muerto de tanto sufrir en el alma y en el cuerpo." (Conv. LIII) (1)

El día 24 se volvió á abrir definitivamente el Seminario, trató de recojer todo lo que se pudo librar de este, así como del palacio episcopal, y de prepararse á recibir á su dignísimo Prelado que poco tiempo había de volver á estar al frente de la Iglesia sonorense.

Trasladado el Sr. Loza á la arquidiócesis de Guadalajara, continuó la Mitra de Sonora bajo la acertada dirección del Sr. Uriarte desde 1868.

Ya es sabido como el Sr. Alamán fué designado para suceder al Sr. Loza en dicho obispado de Sonora, y como este señor renunció esta honorífica y pesadísima carga.

Continuaba todavía en la Ciudad Eterna nuestro inolvidable Sr. Labastida cuando se le pidió que informara sobre el Sr. Uriarte.

Contestó que no le conocía, pero que creía que sin duda era el más apropiado, por haber gobernado tanto tiempo y tan diestramente la diócesis de Sonora. Este respetabilísimo parecer se escuchó y se preconizó en el consistorio celebrado el 25 de Julio de 1869. "Al R. D. José de Jesus Maria Uriarte, hijo de legítimos, católicos y honestos génitores, nacido en el lugar llamado Badiraguato, de 45 años, ordenado sacerdote y que ha res-

(1) Contrajo una enfermedad, que temió degenerara en lazarinio; pero sanó,

"plandecido tanto en el desempeño de sus obligaciones eclesiásticas como de rector del Seminario de Sonora, Vicario general de la diócesis y en su vacante, Vicario Capitular por autoridad apostólica." (Resumen del Proceso que se hizo en Roma por Monseñor Sagretti.)

Llegaron las Bulas y el Sr. Uriarte salió el 25 de Febrero de Culiacan para alcanzar su episcopal consagración. ["La Iberia." Tomo VI, núm. 915]

¡Cuanto hubiera deseado que su antiguo Prelado el Ilmo. Sr. Loza le confiriera la unción santa! pero había partido al Concilio Vaticano; entonces acompañado por su hermano D. Antonio y por sus sobrinos el P. Rojo y el hoy Sr. Lic. D. Jesus Florencio Uriarte, se encaminaron á la ciudad de Durango, pues su Prelado el Ilmo. Sr. Salinas, aunque se había resuelto á asistir igualmente al referido Concilio; más en Puebla cambió y regresó á su diócesis. Este señor sublimó en la dignidad episcopal á nuestro Señor Uriarte, quien halló benévola hospitalidad en casa del Sr. Flores los ocho días que permaneció en Durango, el domingo 2.º de Cuaresma 13 de Marzo de 1870, según se lee en el Calendario de Galvan de 1891, y no el 12 de Mayo, que fué jueves, como alguien ha escrito.

Durante la vuelta de Durango á Culiacan, efectuada lo mismo que á la ida por la Sierra Madre, administró el sacramento de la Confirmación en las parroquias de su tránsito; no admitió absolutamente, el recibir las limosnas ofrecidas generosamente por ellas, todas, sin reservarse ni un centavo, las dejó á sus respectivos párrocos.

El pontificado del Sr. Uriarte fué pacífico, visitó su grey, signo característico de un buen pastor y dió mayores pruebas del gran don de gobierno que poseía. Sostuvo con su clero una correspondencia constante en la cual se descubre al Prelado revestido de paternales entrañas. Si alguien delinquía le llamaba á su lado, le trataba con una dulzura que no tenía que envidiar el mansísimo Obispo de Ginebra, practicaba en su compañía los ejercicios espirituales y después volvía al ministerio transformado en un digno discípulo del Salvador. Además sobresalía en todo por la humildad. Ni una pastoral suya conozco: me consta que dejó á uno de sus eclesiásticos un libro que compuso; pero no me ha sido dado saber su contenido.

Brillaba también por su mortificación; su lecho fué siempre sobre unas duras tablas y cubierto con un sencillo sarape. No usaba jamás de bebidas fermentadas. Quizá lo hizo para conseguir del Señor que una persona, para él muy querida, abandonara el execrable vicio de la embriaguez. Se me ha referido que á pesar de haberse criado en el campo, nunca probaba el queso y que aún su olor le repugnaba. No dudaría en asegurar lo contrario, es decir, que le era singularmente grato, y para mortificar los sentidos del gusto y del olfato, manifestaría repugnancia á este manjar.

No ha dejado otros escritos que perpetuen su memoria; más sí estos cuatro monumentos de su gobierno, que harán inmortal á este virtuosísimo Obispo entre sus hijos.

1.º Haber sostenido en días aciagos el Seminario Conciliar, tal cual lo fundó el Sr. Garza, que fomentó después su dignísimo inmediato sucesor el Sr. Loza, y al morir el Sr. Uriarte pudo decir: "he conservado este sagrado depósito, lo he aumentado y queda en un estado floreciente." [2]

2.º Educado por los Sres. Garza y Loza de ellos aprendió admirablemente á trabajar por el decoro de la casa del Señor, y con esta mira se privó de mil cosas, aún necesarias. Es

(2) Fueron rectores de este plantel durante el gobierno del Sr. Uriarte, el ameritado Sr. Pbro. D. Saturnino Campoy, que después fué Vicario Capitular y falleció hace un año, y el sobrino de este el Sr. Pbro. D. Manuel Campoy.



bien sabido que los mencionados Obispos hicieron cuanto les fué posible por edificar la espaciosa Catedral de una nave. Al Sr. Uriarte destinó la Providencia Divina para terminarla, como sucedió á fines del año de 1885.

3º Deseoso más bien del provecho espiritual de las almas que del suyo temporal, solicitó de la Santa Sede la division de su obispado en dos sedes; lo consiguió por un decreto consistorial del 3 de Marzo de 1883, y se nombró al Sr. Uriarte como 1er. Obispo de Sinaloa, en el Consistorio del 15 de Marzo de dicho año y al Sr. Rico para Sonora.

4º De sus bienes patrimoniales fundó en Culiacan un hospital, bajo el patrocinio de la Inmaculada Virgen en su tierna advocacion del Cármen, que tuvo principio el 12 de Septiembre de 1880, no logró verlo inaugurado; pero encomendó eficazmente á su sobrino, mi atento y caballeroso amigo el Sr. Lic. D. Jesus, que lo terminara, como así lo ejecutó casi dos meses despues de su muerte, el 16 de Julio de 1887. (3)

La nefasta noche del 26 de Mayo de 1887 cuando el Sr. Uriarte se lavaba las manos para ir á cenar, cayó subitamente en el suelo víctima de una congestion, que le privó de la existencia....

Tres días estuvo expuesto el cadáver que se embalsamó, cuya circunstancia dió origen á las manifestaciones sinceras de profunda pena de todos los habitantes de Culiacan por la pérdida de un Prelado tan lleno de virtudes y tan amado. He visto una fotografía que le representa muerto, y en ella se representa más bien el sueño de un justo.

Fué sepultado, en una gran profundidad que se hizo en la capilla del hospital fundado por S. S. I., perpendicularmente y ceñida su ameritada sien con esa mitra que supo llevar con tanto acierto y en la mano ese báculo que empuñó con tanta perfeccion.

El Sr. Uriarte era de finas facciones, de un cutis muy limpio, de color blanco aunque por la penitencia había degenerado en amarillento, de un trato agradable y de modales de un noble personaje.

Tenía predileccion al estudio, sobre todo le era favorito el de la Sagrada Teología.

FLORENCIO PAU.

[3] En 1889 se imprimió aquí el dictámen de los Sres. Licenciados D. Ignacio L. Vallarta, F. Duret y A. Verdugo consultado por el Lic. Jesus F. Uriarte sobre el carácter jurídico del "Hospital del Cármen" fundado en Culiacan, capital del Estado de Sinaloa, por el Ilmo. Sr. Obispo, ya finado, Dr. D. José de Jesus M. Uriarte, y sobre los derechos del poder público respecto á las instituciones de beneficencia privada.

COMO DISCURREN LOS NIÑOS.

[DE MI LIBRO DE VERSOS.]

—Se han reído, mamá, de estos girones que en el vestido llevo.  
 ¿Por qué no tendrás tú muchos millones para otro traje de pereal, más nuevo?  
 —¡La bondad, hija mía y no el vestido nos salva ó nos condena.  
 —Sin embargo, me han visto y se han reído... y no me han preguntado si soy buena.  
 —Mírame á mí y en tu conciencia fía.  
 Si yo amase otros bienes habiendo sido mala los tendría.  
 —Y en cambio siendo buena ¡no los tienes!  
 —Es que al fin de esta vida transitoria el premio nos espera.  
 —¿Cuál?—La Gloria.—¿No más?—¿Más que (la gloria)?  
 —¡Ni un traje nuevo para mí siquiera!  
 —Hija, entiendes el bien; pero me espanta tu modo de entenderlo.  
 Puedes vestir muy mal y ser muy santa.  
 —Pero, vistiendo bien ¿no puedo serlo?

—No, no podrás, si el mundo de ese modo halaga tus sentidos.  
 ¡Hay que pensar en Dios ántes que en todo!  
 ¿Qué quieres más, el cielo ó los vestidos?

Miró la niña entónces hacia el suelo y un tanto confundida,  
 —Sí, madre,—respondió;—quiero ir al cielo, pero si puede ser.... ¡mejor vestida!

Javier.

MILTON.

I

TRISTE casita. Todo respira en ella miseria y abandono. En el pequeño salon de entrada, tres ó cuatro sillas y una mesa, no comunes aunque muy maltradas, revelan comodidades antiguas, pero ya muy lejanas.

En amplia butaca de brazos anchos, la que es preciso agregar al ajuar descrito, se halla sentado un viejo venerable de lengua barba blanca que le cubre el pecho, vestido á la usanza de los puritanos, de rostro noble y un poco altivo, en el que no resaltan, á la verdad, las líneas de la benevolencia, pero sí la inmovilidad de facciones que crea la resignación. Su frente se eleva tersa y radiante como esas cumbres donde palpitan siempre los relámpagos, mas sus ojos no brillan: está ciego.

Con la frente reclinada en el hombro del anciano, se ve á una jóven blanquísima, de cabello rubio ensortijado y ojos azules que fija con tristeza en el suelo desnudo del pequeño salon. Otras dos niñas, de rostro más infantil, se hallan al otro lado, y no léjos, la esposa del anciano, que no separa de él los ojos llenos de melancolía.

La niebla que cubre la ciudad de Lóndres penetra en la estancia por las rendijas de la desvencijada puerta, y como esta pobre habitacion se halla en las afueras de la gran metrópoli, se siente más en ella la crudeza de la estacion.

En medio del cuadro que acabamos de describir reina profudo silencio, que es el lenguaje de la desgracia.

Al fin lo interrumpió la jóven que reposaba la cabeza sobre el hombro del anciano.

—Padre, ¿tienes frío?  
 —.....No.  
 Y reinó otra vez el silencio.  
 —¿Y tú, Débora?—preguntó al cabo el anciano como quien despertaba. Dame tu mano. Estás helada, hija de mi corazon! ¿Por qué no hacéis fuego?

—No hay combustible, padre mío.  
 —¿No me dijiste que Shephield te había comprado los versos que me pediste ayer?  
 —Sólo me dió dos chelines por ellos.  
 —¿Y bien?  
 —Hoy hemos almorzado, padre mío.

Dos lágrimas silenciosas brotaron de aquellos ojos muertos y rodaron por las mejillas arrugadas del anciano.

—Si nosotros no tenemos frío!—dijo la más jóven de las niñas, acurrucada y entumecida en una silla baja. ¿Verdad, Betsy?

Todas convinieron en que en aquella casa no se padecía nada.

II

—Padre, ¡qué hermoso canto me has dictado hoy! Aún resuena en mis oídos la música magnífica del metro, y siento todavía el alma henchida de los sublimes pensamientos que ha guardado en él tu genio, como en santuario inmortal.

—Y es el último hija mía, contestó el anciano.

—Proyectos sobre el dolor la luz de la esperanza....

—Que irradia hacia el porvenir iluminando allá en el horizonte de los tiempos el ansiado puesto de la felicidad humana: la ciudad de Dios.

Consuela saber que la desgracia no es eterna.

—Ni la del hombre ni la de este miserable hogar. Si el dolor no tuviera fin, Dios no existiría.

Resplandeció el semblante del viejo como con luz de fé y esperanza, y con voz entera continuó:

—Decid adios á nuestra desventura. Mis hijas y mi esposa, todas de rodillas ante Jesucristo, Dios de la piedad y del amor, que me ha prolongado la vida, despues de nueve años de trabajo, hasta que dictase el último verso de un poema que los hombres llamarán inmortal en el lenguaje de la gloria, pero que yo llamo providencial en el lenguaje de la gratitud, porque traerá pan, calor y luz á esta mansion infeliz tanto tiempo abatida por todas las fatalidades: el hambre, el frío, la desnudez, el abandono y el olvido! Pronto agregad esas últimas páginas á las anteriores que habéis escrito con tanto amor y solicitud, y marchemos con ellas á la ciudad.

III

Fatigado yapor las calles de Lóndres el viejo poeta conducido de la mano por la abnegada hija.

Son las seis de la tarde, y han caminado leguas, de librero en librero, devorando la humillacion de la negativa y el dolor del desengaño.

Son Antígona y Edipo por las soledades de la Grecia.

—¿Por qué no hacer, padre, la última tentativa? ¿Por qué tuerces el rumbo á otra parte cuando quiero conducirte á la casa de Symons?

—Porque yo salvé á su padre del cadalso cuando era poderoso, y no consiente en que se imagine que busco recompensa ahora que soy desgraciado.

—¿Y sería injusto?  
 —Sería indigno.  
 —¿Y no temes faltar al decoro?  
 —Y si él no te conoce?  
 El viejo meditó.

—En verdad era muy niño cuando su madre fué con él de la mano á pedirme la vida de su esposo.

—Y tu debes estar muy cambiado, padre mío.

—Tienes razon.  
 —Y los últimos peniques que había en casa se agotaron desde ayer.

—Vamos!—dijo el anciano apoyándose con ímpetu nervioso en el brazo de Débora. Conduceme á casa de Symons.

Y emprendió la marcha con paso convulso y precipitado.

IV

Al fin llegaron. Acercáronse al bufete de Symons, y tomando Débora de las manos del viejo el manuscrito del poema, lo alargó al librero diciéndole:

—¿Querriais tomarlo?  
 —¿Qué es esto? Versos?—dijo Symons; ¡buen chasco nos hemos llevado con los de un tal Shakespeare, que nadie los compra!  
 Y comenzó á hojear desdeñosamente el manuscrito.

Transcurrió un cuarto de hora de angustiosa expectativa.

—Bien, dijo al fin, ¿qué queaéis por esto?  
 —No respondas!—susurró el viejo al oído de Débora.

—Lo que puedo ofreceros son cinco libras.  
 —Son doce cantos!—aventuró Débora en son de argumento.

—Justamente; así es que he calculado cada canto en ocho chelines cuatro peniques.

—Salgamos de aquí, padre!  
 El viejo la retuvo enérgicamente del brazo, y sin que los músculos de su rostro revelasen emocion alguna, elevó las pupilas apagadas hacia el cielo, y dejando caer luego la cabeza sobre el pecho, extendió silenciosamente la mano trémula....



Recibidas las cinco libras salió lentamente á la calle, apoyado en su hija.

Entre tanto, el librero Symons abrió su libro de cuentas y anotaba:

“Comprado hoy en cinco libras “El Paraíso perdido de Juan Milton.”

EDUARDO CALCAÑO.

### MIS DESEOS.

Yo quisiera á través de tu mirada  
Tus nobles pensamientos descubrir,  
Pues tus ojos que imagen son de tu alma  
Prometen un risueño porvenir.

Pero ¡ay! si al desearlos encontrara  
Que tus ojos también saben fingir,  
Perdiera para siempre mi esperanza:  
“Mejor será con ilusión vivir.”

Yo quisiera escuchar junto á tu pecho  
Latidos de tu tierno corazón,  
Pues me dice tu acento lisonjero:  
“Mi corazón es tuyo y toda yo.”

Pero ¡ay! si al acercarme á tí yo encuentro  
Que no late en tu pecho cual latió,  
Moriría de pena y desconsuelo:  
“Mejor será vivir con ilusión.”

*J. Palacios.*

## LEYENDAS

Y

### Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LII

#### LA CAJA DEL MENDIGO.

EL suceso que nos ocupa acaeció en la Villa de Santa María del Pueblito, por los años de 50 á 52, época en que estaba de Cura propio de aquella parroquia el Pbro. D. José M. Luna, en cuyo empleo permaneció muchos años hasta su muerte.

Entre los muchos pordioseros que llegaban al curato á implorar socorro, había un viejecito que periódicamente venía á recibir su óvulo, pernoctando en la cuadra sobre blanco colchon de paja.

Este jamás quiso decir su origen, ni aun revelar el nombre de su patria; mas esto no impedía que el buen Cura (como la generalidad de los de su clase) le socorriera con largueza.

Todo su haber se reducía á un toscos bordon, un sombrero de petate formado de tres distintos tejidos, un morral colgado al hombro y una colcha formada de mil y tantos parches y remiendos de distintos paños y colores; y por ende demasiado pesada.

Tantas veces había pernoctado ya en aquella casa de vuelta de sus correrías por las aldeas en busca de sustento, que ya era bastante conocido de aquella gente.

Después de algunos años de estos viajes y vueltas llegó una noche al curato, y después de internarse á su aposento, pidió al mozo una poca de agua porque se moría de sed.

El mozo, al ser preguntado por el Sr. Cura, sobre si ya le habían llevado su cena al viejecito, dijo que no había tomado alimento, sólo una poca de agua, lo cual llamó la atención del Cura, quien fué á verlo, encontrándolo abrasado en calentura.

En vista de esto, dispuso se medicinara y preparara para que se confesara, lo cual hizo el mendigo sin dilación.

Después de los auxilios necesarios el viejecito aquel murió, corriendo todos los gastos por cuenta del Sr. Cura.

Al levantarlo de su lecho un hermano del citado Sr. Cura y un mozo, notaron que la colcha de los mil y tantos remiendos pesaba más de lo natural, lo cual incitó la curiosidad de investigar la causa, examinada la cual se encontró que en algunas partes donde estaba el lienzo doble, había incrustadas y bien co-

sidas á la colcha algunas onzas de oro, que reunidas hacían un buen puñado.

El Sr. Cura pasó á Querétaro á poner en conocimiento del Sr. Cura juez eclesiástico de la parroquia lo acontecido, llevándole aquel tesoro, quien ordenó que no sabiendo el origen del mendigo ni su patria, se le hicieran sus funerales en la misma parroquia del Pueblito, repartiendo lo sobrante á varios sacerdotes para que se le aplicasen misas; lo cual fué verificado exateamente.

Este suceso me lo refirió su hermano ya citado del referido Sr. Cura, quien todavía vive, aunque ya tocando el ocaso de la vida.

Un mentís más, á la tan decantada codicia de los Curas, con que el liberalismo se empeña en desprestigiarlos; siendo el pan cotidiano de la prensa impía.

### DOS SONETOS.

LUPE.

Es la flor virginal y perfumada  
Que halló dosel bajo la selva umbría;  
Nieve cuya blancura envidiaría  
La espléndida y gentil Sierra Nevada.

Un rayo de la luna nacarada;  
De Verdi la sentida melodía;  
Un tesoro de mágica poesía  
Por la musa de Becquer inspirada.

Un suspiro del mar que, acariciado  
Por los besos que el viento le procura,  
Divide en ondas su cristal rizado.

Una queja de amor y de ternura  
Y un ángel por los cielos enviado  
Con un rayo de sol por vestidura.

ANA.

Es lava del Vesubio desprendida  
Y en sus rojas entrañas calcinada;  
Es rayo que condensa una mirada  
Por fuego de pasiones encendida.

La musa por Lord Byron escogida  
Y en sus horas de insomnio acariciada;  
Ola del mar que se revuelve airada  
Por el furor del viento combatida.

Es realidad que al corazón halaga;  
Rico perfume de olorosas flores  
Que todos los sentidos embriaga,

Un astro de vivísimos fulgores  
Que ciega á la pasión, cuando naufraga  
En un mundo de luz y de colores.—J.

### VUESTRAS HIJAS.

(Trad. para EL TIEMPO.)

Dad á vuestras hijas una educación sólida, no sólo en la escuela, sino también en la casa. Dadles experiencia y al mismo tiempo teoría.

Enseñadles la cocina, no esa cocina fantástica que deteriora el estómago, sino la buena cocina burguesa que da fuerza y salud.

Enseñadlas á lavar, á repasar, á zurcir sus medias y á pegar botones; á que ellas solas hagan sus trabajos, y á que no usen corsés que les molesten.

Enseñadles la economía y la dirección de un presupuesto moderado. Inclínadlas á llevar sus cuentas, y que se den cuenta exacta del origen del dinero y su distribución.

Decidles que una mujer es siempre más respetable cuando se la mira muy temprano vestida de indiana y que acaba de recibir su salario, que cuando se presenta con vestidos de seda de los que no conoce el precio.

Enseñadlas á juzgar santamente todos los asuntos, á desconfiar de su imaginación y á no obrar sin reflexionar.

Sobre todo, enseñadles que la mayor desgracia de una mujer es desposarse con un hombre sin principios, sin religión ni conciencia. Si en estas condiciones contraen matrimonio, semejarán á un gran navío abandonado en alta mar sin brújula ni piloto.

Si vuestras circunstancias lo permiten, procurad que aprendan la música, el baile y otras diversiones lícitas.

Insistid especialmente en las buenas lecturas diarias.

Es por la lectura como se les debe instruir y con lo que se les hace figurar en un salón al tomar parte en las conversaciones; y se evita que cometan continuamente faltas que las ridiculizan.

Enseñadlas á mezclarse únicamente en sus asuntos, respetando los ajenos. La curiosidad perdió á nuestra madre Eva.

Decidles que la felicidad en la casa, depende de los principios recibidos en la infancia y del carácter de los esposos.

Si seguís estos consejos, daréis á la sociedad buenas y excelentes mujercitas, en lugar de lujosos rrorros que no son buenos más que para inclinarlos á asistir á los paleos del teatro, á los paseos, etc., y sin saber guisar una sopa con tomates.

### EN UN ALBUM.

A MI QUERIDA HERMANA ANGELICA.

No te afanes con mis glorias  
Como no me afaño yo,  
Ni las dichas que me cerquen  
Halaguen tu corazón;

No sufras por mi quebranto  
Ni te apene mi dolor,  
Que yo cumplo en este mundo  
Mi ineludible misión  
Y ni me mata la pena  
Ni el placer embriagador.

*Luisa Martine: Casado.*

### AVISOS UTILES.

Si enseñáis á hacer una labor, ó bien si trabajáis con otros, no os burleis jamás de su poca habilidad. Si es por falta de inteligencia, vuestra burla hiere á la caridad; si es por falta de advertencia, entonces vuestra irrisión es injusta. Corregid el yerro con dulzura, enseñándole cómo debe hacer su labor. . . y Dios que os mira, y ve vuestra paciencia, dirá á sus Angeles que os ayuden en los momentos más difíciles.

¿Es justo que olvidemos los favores que nos han hecho las personas con quienes vivimos, por un pesar que nos han dado quizá sin querer?

Cuando en un libro encontráis consejos ó advertencias que pueden seros útiles en vuestra profesión ú oficio, os apresuráis á copiar esta receta y la consultáis como un oráculo.

Haced lo propio respecto al gobierno de vuestra alma, grabad en vuestra memoria los consejos y los preceptos que oís ó que leéis. . . después id de vez en cuando á consultar ese libro, al que amaréis más que ningun otro, porque vosotros habréis sido sus autores.

Los libros escritos por los otros, acaban tarde ó temprano por cansarnos, los libros escritos por nosotros mismos no nos cansan jamás.

Y vuestro será ese libro que encerrará pensamientos que habréis escogido, consejos que os habréis dado, recetas morales que habréis descubierto y que quizás sabéis por experiencia cuán buenas y eficaces son. ¡Dichosa el alma que todos los días hace de eso su cosecha!

### CANTAR.

Es mi amor como la raya  
Que une al cielo con el mar;  
Parece que está muy cerca  
Y no se puede alcanzar.

La “amabilidad” es en muchos casos la moneda falsa de la “bondad.” Esta es siempre amable; rara vez aquella es bondadosa y buena.

La antipatía es muchas veces “envidia” disfrazada.

*Eugenio de Ochoa,*